

## **EN LA ENCRUCIJADA...**

Esta mañana, vamos a dedicar unos minutos a situarnos en la **historia**. Vamos a situarnos ante Jesús y a preguntarle “Jesús, ¿qué te pasó? ¿Qué ocurrió aquellos últimos días en Jerusalén?”

**Jesús había pasado por la vida haciendo el bien:** sanando heridas, consolando a los tristes, denunciando a los poderosos, dignificando a los sencillos... Su palabra había sido para los pobres de Israel como un viento fresco y alegre. Sus gestos de cercanía y ternura confirmaban la experiencia de Dios-Padre que llevaba en su corazón. Junto a Jesús, la vida adquiría un especial sabor de autenticidad y libertad.

Corrían rumores de que le buscaban para matarle. Y, por eso, durante un tiempo, Jesús adoptó una estrategia diferente: ya no se dejaba ver en las ciudades, sino que se ocultaba en los caminos y en casa de sus amigos. Ya no se dirigía a las muchedumbres, sino que pasaba largas horas enseñando cuidadosamente a sus discípulos. Como quien presiente próximo el final y quiere dejar consolidado un pequeño grupo. Ese pequeño grupo era su única esperanza.

(Cierra los ojos, e imagina un lugar oscuro, en el que estás escondido... Y Jesús se acerca a tu escondite. Háblale de tus temores, de tus encrucijadas, de tus dudas... Y conforme las vayas sintiendo, escríbelas sobre esta encrucijada).

**Y de repente, Jesús pareció recobrar, con una especial energía y... decidió subir a Jerusalén.** Subir a Jerusalén era algo así como saltar a un pantano lleno de cocodrilos... Y uno se pregunta, ¿por qué, sabiendo que era el lugar del peligro, de la hostilidad de los poderosos, decides subir a Jerusalén? **¿Por qué no optar por el sentido común?** ¿Por qué no esperar que se tranquilicen las cosas hasta que se pueda seguir anunciando el Reino en paz? ¿Para qué subes?

En medio de la crisis, Jesús recupera su ser personal, su ser más auténtico. Sabe por qué está aquí y por quién. Y se lanza. En la subida a Jerusalén, reconocemos a un hombre que vivió apasionado por la vida y dispuesto a no quedarse a medias. Un hombre profundamente libre, que ilumina lo mejor de nuestra libertad.

También nosotros tenemos esos momentos, de vivir desde nuestro ser más personal, más auténtico. Esos momentos que vivimos con pasión, con entrega, lo mejor de nosotros mismos. Recuerda esos momentos en los que te has sentido profundamente bien contigo mismo, superando tus dificultades, sobreponiéndote a tus miedos, poniendo en juego lo mejor de ti mismo.

(De nuevo, cierra los ojos, imagínate con Jesús, subiendo a Jerusalén... Imagínate lleno de esperanza, de ilusión, de valor... Descubriendo tu ser más auténtico, lo mejor de ti. Escribe tu oración sobre estas escaleras)

## Con tu libertad, mi Libertad

Encarcelarán mis días,  
pero no mis noches para soñar.  
Oscurecerán mis ojos,  
pero no mi interior claridad.  
Censurarán mis palabras,  
pero no los ecos de mi pensar.

Exiliarán mis ideas,  
pero no mi pasión de verdad.  
Amurallarán mis horizontes,  
pero no mi mirada de azul celestial.

Helarán mis labios,  
pero no mis latidos para amar.  
Cercenarán mis sonrisas,  
pero no mi raíz de felicidad.  
Silenciarán mi religión,  
pero no de mi Dios el palpitar.  
Matarán mi cuerpo,  
pero no mi alma inmortal.

Como el arroyo quiere ser río,  
como el río llega a la mar,  
como el mar quiere hacerse cielo.  
Así tú, mi Dios, ampararás  
siempre con tu libertad, mi libertad.



### Canto:

Recíbeme, con todo lo que Tú pusiste en mí,  
Con todas esas ganas de vivir, con toda mi miseria.

La paz os dejo, os doy mi paz, y no como la da el mundo. No os turbéis ni os acobardéis. Oísteis que os dije: que me voy y volveré a visitaros. Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, pues el Padre es más que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis.

Jn 14, 27